

## *La Prolongación de la Niñez y la Anticipación de la Vejez: Su incidencia en el subdesarrollo de México*

Por ÓSCAR URIBE VILLEGAS

México confronta problemas viejos y problemas nuevos. Viejos problemas que, con el transcurso del tiempo se han desarrollado, complicándose de modo increíble, y nuevos problemas que aún pueden y deben plantearse en términos relativamente simples, a fin de resolverlos con lucidez y decisión, antes de que, como esos otros, viejos problemas, lleguen a enmarañarse y resultar punto menos que insolubles.

Problema de esta hora, en México, es el constituido por el binomio población-economía. Es el problema de una población que crece a ritmo rápido (o incluso aceleradamente) y unos recursos limitados que ni el trabajo humano, ni la técnica, ni la investigación científica, ni la inversión de capitales parecen capaces de hacer menos escasos. Población que crece a ritmo rápido y recursos convertibles en satisfactores, que aumentan a ritmo lento. La solución, en la que se insiste una y otra vez —y que cansa por lo reiterado, lo simplista y lo incompleto— es el control de la natalidad.

La solución —como es fácil ver— considera una sola de las facetas del problema demográfico que se conjuga con el problema económico. Ve, en el número creciente de mexicanos, un número, también creciente, de consumidores, cuya hambre, cuya necesidad de vestido y de habitación hay que satisfacer. Y, en esas condiciones, la solución sí tiene que ser, indudablemente, controlar su natalidad, reducir su número, evitar su proliferación. Y, en caso de que esto no surta efecto o sea insuficiente —dirá el “experto” correspondiente— se necesitará también “controlar su mortalidad”, instituir algunas “guerras sanitarias” o aplicar —probablemente en forma “más civilizada”— alguna técnica como la de los hornos crematorios

hitlerianos, para eliminar a los viejos a quienes no sea posible sostener ya más. Habrá —de acuerdo con esta solución— necesidad de fijar para cada país un tope de población: tal país sólo puede nutrir tantos más cuantos millones, por lo cual, si nace un niño más, por encima de tal cifra, habrá que eliminar al anciano que se encuentre en el otro extremo de la lista, o —si se quiere preservar la vida de éste— habrá que recurrir al infanticidio o impedir incluso el nacimiento del niño próximo a ver la luz.

De lo adecuado o inadecuado de esta solución; de su humanidad o inhumanidad intrínseca dejaremos que sean otros los que juzguen, pues no es éste el aspecto del problema mexicano actual que particularmente nos interesa. Nos interesa el otro aspecto, la otra faceta.

Al enfrentar las dificultades que presenta para México el binomio población-economía, se olvida que los pobladores de un país no son sólo consumidores, sino que son, también, productores, o que debieran serlo; que cada nuevo habitante representa un crecimiento de las necesidades del conjunto y que su mera presencia adicional requiere de todo ese conjunto un esfuerzo acrecentado, a fin de hacer que los elementos materiales del país pasen de la calidad de potenciales a la de reales recursos y, finalmente, lleguen a tener la condición de satisfactores de las necesidades de ese nuevo poblador, pero que ese nuevo poblador —también— tras un cierto periodo de crecimiento, de preparación, se convertirá, a su vez, en un productor que, con la fuerza de sus brazos, con su capacidad técnica, con su inventiva para la resolución de problemas humanos, con su producción de bienes de capital, multiplicará el producto social y, en última instancia, no sólo satisfará sus propias necesidades (no sólo dará validez al proloquio de que “cada niño trae su pan”) sino que aliviará la tarea que los restantes pobladores tengan que realizar para subsistir y, en última instancia, contribuirá también a elevar los niveles de vida del conjunto, si su esfuerzo se encauza convenientemente, se acrecienta su productividad, y se está dispuesto a cambiar estructuras económico-sociales herrumbosas por las que requiere lo actual.

Pero, si es a la luz de consideraciones tan simples como éstas a la que debe verse el aspecto que nos interesa particularmente, no son éstas las primordiales para su tratamiento.

Considerar el problema de la relación entre la población y sus recursos representa reconocer que, de lo que se trata no es de reducir el número de productores-consumidores o de aumentar —por cualquier procedimiento— los recursos del país para satisfacer ese consumo creciente, sino que, de lo que se trata es, precisamente, de hacer que el esfuerzo productivo no se rezague e incluso llegue a alcanzar a las necesidades consuntivas; que lo

que se requiere es que si el número de consumidores aumenta, a causa del crecimiento demográfico, como  $a$ , el número de productores aumente como  $a + b$ ; que el número de productores aumente más que el número de consumidores o, también, como podría verse después, que la capacidad productiva del mismo número de productores se incremente a modo de que la nueva producción  $cx$ , iguale al consumo incrementado  $x + a$ .

Lo que un país como México necesita es que sean más los que trabajen y que sea más efectivo el trabajo que desarrollen; que su productividad aumente. Todo lo que vaya en contra de una u otra cosa, o de ambas, será lesivo para la vida del país.

México necesita que sean más quienes trabajen; porque si se compara la proporción de la fuerza de trabajo mexicana respecto del total de la población con la proporción correspondiente de otros países, se encontrará que dicha proporción es, en nuestro país, extraordinariamente baja. La conclusión es obvia: si son pocos quienes trabajan y muchos los que consumen, esto quiere decir que la carga que quienes trabajan tienen que soportar es mucho más considerable de lo que debiera ser en caso de que todos trabajasen. Y no se trata, en este momento, de contraponer demagógicamente, a las “clases laborantes” con las “clases ociosas” en un plan de enfrentamiento clasista, al modo clásico de “explotadores” y “explotados”; no se trata de enfrentar a “obreros trabajadores” y “capitalistas ociosos”; de lo que se trata es de comprender que, incluso entre el proletariado, son los menos quienes trabajan y los más los que sólo comen; los menos los que producen y los más los que sólo consumen.

Este hecho, tremendo para la vida del país, queda encubierto frecuentemente en los recuentos estadísticos más simples, pues muchos de quienes dicen trabajar, en el fondo no lo hacen en niveles socialmente aceptables, en condiciones técnicamente adecuadas o en planos que les permitan cubrir sus necesidades; su trabajo es, en muchos casos, sólo una forma de desocupación, puesto que: o de los seis días de trabajo semanal son tres únicamente los que trabajan; o si trabajan los seis días sólo actualizan en ellos una parte mínima de la energía que podrían desarrollar o si la desarrollan toda y aún se exceden, sólo obtienen —por falta de capacidad técnica, de eficacia, de ahorro de tiempos y movimientos— un fruto mínimo.

Por otra parte, incluso quienes trabajan semanas completas, lo hacen, en la mayoría de los casos, con ese mínimo de eficiencia, por su falta de preparación u otras causas análogas y esto, a su vez, representa —para ellos mismos— una carga adicional; no sólo necesitan trabajar más de lo que debieran para alimentar más bocas, sino que, también, necesitan trabajar más horas de las que debieran para producir algo que, en mejores

condiciones de capacitación e implementación laborales, podría producirse en menos tiempo y con menor esfuerzo.

De ahí que no quepa duda de que México lo que necesita es *que sean más quienes trabajen y que quienes trabajen lo hagan más eficazmente*.

Pero, esto no es ni lo único ni lo principal. Si es erróneo tratar de reducir simplemente el número de consumidores mediante prácticas restrictivas, es igualmente erróneo el querer incrementar únicamente el número de productores así como buscar el incremento de sus rendimientos. Por sí solo, ninguno de estos extremos es solución. Porque, finalmente, hay que reconocer que los productores se reclutan de la misma población consumidora; que cada individuo es, simultáneamente, consumidor y productor.

Con este trasfondo, es posible comprender el grado hasta el cual algunas de las decisiones que se están tomando en México en el sector público y en el sector privado pueden llegar a ser, para el país, una trampa mortal. Esas decisiones pueden caracterizarse como: la de alargar la niñez de los mexicanos y la de anticipar su vejez; en suma, la de reducir la vida productiva de los mismos.

Son dos, en efecto, las decisiones de las que nos ocuparemos, por ser las que han adquirido relieve especial en meses recientes: por una parte, la decisión muy concreta de la Universidad Nacional Autónoma de México, en cuanto a elevar a tres el número de años de Preparatoria (como eco diferido, ya se habla también de elevar a 8 el número de años de primaria); por otra parte, la decisión, cada vez más extendida en el mundo de la industria y los negocios, de negar acceso al trabajo a hombres de más de cuarenta años, y de eliminar, por procedimientos legales, extralegales o ilegales a quienes habiendo servido en algunas empresas por mucho tiempo, han alcanzado o van alcanzando esas u otras edades más avanzadas.

La última de estas dos decisiones, parece un eco retardado de las que, en su momento —hace ya varios años— comenzaron a tomarse en Estados Unidos de América. Estados Unidos de América es verdad que han sido, pueden y deben seguir siendo, en muchos aspectos, modelos dignos de imitación por México y otros países, y parece indudable que desaprovechar su experiencia en la solución de problemas humanos sería tontería absoluta. Sin embargo, lo que pueblos como el nuestro necesitan es aprovechar la experiencia “total” de esos otros pueblos, y no sus experiencias parciales; lo que necesitan es estudiar las soluciones intentadas, los resultados de esas soluciones, los problemas que el haberlas puesto en práctica pudieron suscitar y las rectificaciones o enmiendas que a las mismas han tenido que hacerseles. En el caso concreto, es cierto que, en la actualidad, se está

sujetando muy seriamente a revisión ese conjunto de decisiones, y que incluso se intenta reincorporar a algunas de las capas de la población vieja a la vida activa. Como si esto no bastara, debe de considerarse que es muy distinta la situación de un país desarrollado como Estados Unidos de América de la de un país subdesarrollado como México; que si un país altamente desarrollado puede permitirse el lujo de mantener ociosas a capas muy grandes de su población —en el caso concreto, a viejos, y en forma creciente, tal vez, a “viejos cada vez más jóvenes”—, un país subdesarrollado no puede permitirse ese lujo. La conclusión es obvia: si un país desarrollado piensa reincorporar grandes capas de su población vieja a la vida activa, ¿no es insensato que un país subdesarrollado piense, en cambio, retirarlas de la misma?

Por el otro extremo, se presenta el problema no ya de la vejez anticipada, sino de la niñez prolongada. Aumentar los años de preparación de los jóvenes equivale, en efecto, a prolongar su niñez económica. Conforme más tiempo tardan en prepararse los individuos de un país, más se prolongará su condición de puros consumidores y se acortará más el tiempo en que podrán ser productores. Hemos referido el problema a la decisión de la Universidad Nacional de México (y no decimos a la decisión del rector don Ignacio Chávez, porque finalmente los otros universitarios no somos mudos, y las decisiones se toman por mayoría en los Consejos Universitarios siendo, por tanto, de la responsabilidad de todos) porque la universitaria ha sido en estos meses la decisión más notable, pero que puede tender a proliferar y causar daño. Y criticamos esa decisión no porque provenga de una persona en particular —que es lo que han hecho los políticos interesados en arrojar luz desfavorable sobre un rectorado— sino porque, objetivamente, puede ser dañina y, en cuanto tal, debe ser estudiada por el sociólogo o el simple interesado en los problemas sociales, independientemente de la simpatía que pueda sentir por quien se haya hecho principal responsable de la misma, e independientemente también de que dicha medida haya sido adoptada porque quienes la adoptaron pensaron que podría ser benéfica.

Prolongar la niñez social, como anticipar la vejez social de los individuos tiene un nombre en Sociopatología: equivale a incrementar la dependencia en dicha sociedad. Incrementarla, en una sociedad como la nuestra en que la fuerza de trabajo es mínima en relación con la población total, es condenar cualquier esfuerzo —no ya sólo de desarrollo, sino de simple supervivencia— al fracaso. En esta forma, no se logrará que sean cada vez más los productores-consumidores y menos los simples consumidores, sino que, a la inversa, se logrará que sean más los simples consumidores que

pesen sobre un número cada vez más reducido y gravado de productores-consumidores.

¿En qué está el mal de las decisiones que se han tomado? ¿En mala fe de quienes las tomaron? No, y esto es indudable. Si nos referimos exclusivamente a la medida adoptada por nuestra universidad, podemos afirmar que su rector al proponerla y los órganos competentes al aprobarla pensaron que hacían un bien a la universidad y al país y debemos aceptar que, en parte, tenían razón; pero, tendremos que reconocer también que sólo la tenían parcialmente, y es esto lo que ni ellos ni sus detractores han reconocido. Quienes tomaron tal decisión consideraron a la universidad, en cierto modo, como un recinto cerrado —en otros sectores se comete error parecido al tratar de beneficiar a la capital de la República, por ejemplo, considerándola como entidad cerrada sobre sí misma, sin conexión con el resto del país—; la consideraron simplemente como un centro de preparación cultural y profesional que debe alcanzar los más altos niveles; pero sin vincular su necesidad a las necesidades y posibilidades del país. En consonancia, reconocieron: 1º que la preparación que en la universidad estaban recibiendo los estudiantes, era deficiente, y 2º que esa preparación necesitaba mejorarse para merecer el nombre de tal. Pero, no parecen haber visto que la solución concreta que aceptaron podía ser lesiva y puede llegar a ser fatal para el país si no se la sujeta a nuevo examen y si no se la limita en su aplicación.

De poder, puede haber otras soluciones al problema de la preparación universitaria, y se necesita que todos los universitarios nos esforcemos por descubrirlas o por inventarlas; pero, aun en caso de que no las hubiere, la misma solución adoptada no debería aceptarse sin objeciones o como permanente, aunque pueda ser aceptable como provisional y sujeta a serias limitaciones.

En efecto, la universidad podría y debería decir: necesito que, durante tantos años, la nación me conceda aumentar un año la preparación de mis estudiantes —sujetando en tal forma a la nación a una carga adicional— a fin de que éstos alcancen el nivel de preparación que siempre debieron haber tenido; a fin de que su preparación no sea puramente ficticia, insertible para la sociedad mexicana; pero, me comprometo a reorganizarme en tal forma, en todos los aspectos, para que ese año adicional —y esa carga acrecentada sobre la sociedad mexicana— sea eliminado tan pronto como se pueda; a fin de que en el término que se venía considerando como normal (o incluso en menor tiempo) mis estudiantes egresen con la preparación adecuada para la satisfacción tanto de sus necesidades individuales como de las necesidades colectivas del país.

Más aún, frente a ese gran problema representado por el binomio población-economía y en vista de las condiciones de apremio con que México tiene que cubrir las etapas de su atraso, la universidad tiene la obligación no sólo de considerar como provisional esa medida de urgencia, sino aun de buscar la forma en que, por nuevos métodos y procedimientos, mediante invenciones pedagógicas a las que están obligados sus estudiosos y administradores, pueda llegar a abreviarse el mismo lapso de dos años preparatorios y seis profesionales, a fin de que la "niñez social" de los mexicanos se abrevie en forma correspondiente y sean efectivamente más los productores-consumidores, menos los puros consumidores, al tiempo que su trabajo (a través de esa preparación crecientemente solidificada por la universidad misma) pueda resultar más productivo para el país.

El ideal, en un país en desarrollo, como México, es que cada individuo sea capaz de producir *al menos* lo suficiente para sus propias necesidades, y de contribuir, con otros, a satisfacer las necesidades de *un número tan limitado como sea posible*, de dependientes (niños, ancianos, inválidos, enfermos). Conforme más atrasado esté el país, ese número tendrá que ser más amplio; conforme más atrasado esté, los niños tendrán que dejar de ser socialmente niños lo antes posible (como ha sabido ver, en otra conexión y con otro sentido, en sus investigaciones sobre los ejidatarios veracruzanos, nuestro compañero de Instituto, Ezequiel Cornejo Cabrera). Pero, conforme el país progresa, gracias al esfuerzo conjunto, los niños podrán ser socialmente niños por más tiempo, y los adultos podrán pensar en un retiro más temprano. Más aún, conforme el país avance por este camino, no sólo tendrá la población productora una menor proporción dependiente que mantener, sino que sus tareas mismas se verán aliviadas, y el mismo periodo productivo será menos gravoso, con periodos mayores de descanso y mayores oportunidades para desarrollar la vida creadora del espíritu.<sup>1</sup> Para alcanzar tales metas, se requiere de un pesado esfuerzo de toda la población; pero, debe recordarse que "quien quiere los fines debe querer también los medios" y, en este sentido, para países como el nuestro no hay sino un camino: el del sacrificio y el duro trabajo en lo inmediato (sea que ese sacrificio y ese trabajo se acepten voluntariamente o sea que hayan de ser impuestos en caso de que no hayamos sabido aceptarlos de buena gana) pues en el mundo económico social no existen ni los milagros ni las dádivas generosas capaces de transformar a un pueblo miserable en

<sup>1</sup> Como es fácil comprender, un tratamiento riguroso de estos problemas podría beneficiarse con el empleo de los modelos de inversión-rendimiento (*imput-output*) y con uso *prudente* de las técnicas de programación lineal.

un pueblo próspero sin mayor contribución que su buen deseo y sin otro pago que su "eterno agradecimiento".

No reconocer todo esto; tratar de prolongar, *en esta etapa* de nuestro desarrollo, la niñez social, y tratar de anticipar *también en esta etapa*, la vejez social; exigir crecientes prestaciones sociales de todo tipo sin incrementar el número de productores y sin aumentar su productividad por todos los medios a nuestro alcance, es abrir una trampa mortal para México. Empeñarse en seguir esos caminos no puede equivaler, en último término, sino a un pavoroso suicidio colectivo de nuestro país, contra el que tenemos la obligación de alertar, sean cuales pudieren ser las consecuencias que en lo individual pudiéramos recoger por aventurar esta llamada de atención.